

be Curion, á quien redimió de inmensas deudas; y Marco Antonio, que por la amistad de Curion participó tambien para las suyas. Díjose entonces que un Tribuno de los que habian venido del ejército de César, hallándose á la puerta del Senado, y llegando á entender que este no prorogaria á César el tiempo de su mando, echó mano á la espada diciendo, pues esta lo prorogará, y á esto se dirigia quanto se hacia y meditaba. Con todo las proposiciones é instancias de Curion en quanto á César parecian mas moderadas; porque pedia una de dos cosas; ó que Pompeyo tambien renunciara, ó que no se quitaran á César las tropas: pues de este modo ó reducidos á la clase de particulares estarian á lo justo, ó conservándose rivales permanecerian como estaban; cuando ahora el que queria debilitar al otro doblaba por lo mismo su poder. Ocurrió despues, que Marcelo apellidó ladron á César, y fue de parecer que se le tuviera por enemigo sino deponia las armas; mas con todo Curion pudo obtener con Antonio y con Pison que se decidiera este asunto en el Senado: porque propuso que pasaran al otro lado todos los que fueran de opinion de que solo César dejara las armas, y Pompeyo retuviera el mando; y pasaron la mayor parte. Propuso otra vez que se hiciera la misma diligencia, pasando á su lado los que quisieran que ambos depusieran las armas, y ninguno de los dos quedara con mando; y á la parte que hacia por Pompeyo solo pasaron veinte y dos, pasando á la de Curion todos los restantes. Este, como si hubiera ganado una victoria, corrió lleno de gozo á presentarse al pueblo, que le recibió con grande algazara, derramando sobre él coronas y flores. Pompeyo no asistió al Senado; porque los que mandan ejércitos no entran en la ciudad; pero Marcelo se levantó, diciendo, que ya nada oiria desde su asiento, pues al ver que estaban en marcha diez legiones, habien-

do pasado los Alpes, enviaria quien se les opusiese en defensa de la patria.

En consecuencia de esto mudaron los vestidos como en un duelo: y Marcelo marchando desde la plaza á verse con Pompeyo, adonde le siguió el Senado, puesto ante aquel: te mando, le dijo, ó Pompeyo, que defiendas la patria, empleando las tropas que se hallan reunidas y levantando otras; y lo mismo le dijo Lentulo, otro de los Cónsules designados para el año siguiente. Empezo Pompeyo á entender en esta última operacion; pero unos no obedecian, algunos pocos se reunieron lentamente y de mala gana, y los mas clamaban por la disolucion del ejército, porque leyó Antonio ante el pueblo contra la voluntad del Senado una carta de César, que contenia una especie de apelacion obsequiosa á la muchedumbre. Proponia en ella que dimitiendo ambos sus provincias, y licenciando las tropas, quedaran á disposicion de la república dando razon de su administracion; pero Lentulo ya Cónsul no reunia el Senado; y Ciceron, que acababa de llegar de la Cilicia, trató de una transacion, por la cual César, saliendo de la Galia y dejando todas las demas tropas, esperaria en el Ilirio con dos legiones el consulado. Como todavia lo repugna se Pompeyo, aun se recabó de los amigos de César que no fuese mas que una la legion; pero opúsose Lentulo, y gritando Caton que Pompeyo lo erraba y se dejaba otra vez engañar, la transaccion no tuvo efecto.

Corrió en esto la voz de que César, habiéndose apoderado de Ariminio, ciudad populosa de la Italia, venia contra Roma con todo su ejército; pero esta noticia era falsa, porque hacia su marcha con solos trescientos caballos y cinco mil infantes, no habiendo tenido por conveniente aguardar á las demas tropas que estaban del otro lado de los Alpes, con la mira de acometer á los contrarios cuando

estuviesen perturbados y desprevenidos, sin darles tiempo para que se apercibieran á la pelea. Habiendo pues llegado al río Rubicon, que era el límite de su provincia, se paró pensativo, y estuvo por algun tiempo meditando lo atrevido de su empresa. Despues como los que de un precipicio se arrojan á una gran profundidad, cerró la puerta á todo discurso, y apartó los ojos del peligro; y sin articular mas palabras que esta expresion en lengua griega: *tirado está el dado*, hizo que las tropas pasaran el río. Apenas se divulgó la noticia, la turbacion, el miedo y el asombro se apoderaron de Roma como nunca antes; el Senado partió corriendo en busca de Pompeyo, y tambien acudieron las autoridades. Preguntó Tulo acerca del ejército y tropas; respondiéndole Pompeyo con inquietud, y como quien no está muy seguro, que tenia prontos los soldados que habian venido del ejército de César, y pensaba reunir en breve los que ya estaban alistados, que serian unos treinta mil, exclamó Tulo: nos engañaste, ó Pompeyo; y fue de dictamen que se enviara á César una embajada. Un tal Fabonio, hombre por otra parte de bondad, pero que con ser arrojado é insolente le parecia que imitaba la libertad y entereza de Caton, dijo entonces á Pompeyo: esta es la hora de que des aquel puntapie en el suelo, haciendo brotar las tropas que prometiste; y tuvo que aguantar con mansedumbre esta impertinencia. Mas recordándole Caton lo que en un principio habia predicho acerca de César, le contestó, que si bien Caton habia profetizado mejor, él habia procedido con mayor candor y amistad.

Aconsejaba Caton que se nombrara á Pompeyo Generalísimo con la mas plena autoridad: añadiendo que el que habia causado grandes males solia ser el mas propio para remediarlos; y al punto partió para Sicilia, que era la provincia que le habia to-

cado, marchando tambien los demas á las que les habian cabido en suerte. Como se hubiese sublevado toda la Italia, era grande la perplejidad acerca de lo que debia hacerse, porque los que andaban fugitivos por diferentes partes se vinieron á Roma; y los habitantes de esta la abandonaron, á causa de que en semejante tormenta y turbacion lo que podía ser útil carecia de fuerza, y solo prevalecia la indocilidad y desobediencia á los que mandaban; pues no habia modo de calmar el miedo, ni dejaban á Pompeyo que pensase por sí solo lo conveniente, sino que cada uno trataba de inspirarle la pasion que á él le dominaba, de miedo, de pesar ó de agitacion. Asi en un mismo dia dominaban resoluciones contrarias y no le era posible saber nada de cierto de los enemigos, porque cada uno venia á anunciarle lo que casualmente oia, y se incomodaba sino le daban crédito.

Decretó pues que se estaba en sedicion, y mandó que le siguiesen todos los que pertenecian al partido del Senado; en el concepto de que serian tenidos por Cesarianos los que se quedasen, y ya á la caída de la tarde salió de la ciudad. Los Cónsules, sin haber hecho los sacrificios solemnes que preceden á la guerra, huyeron, y aun en medio de tan infaustas circunstancias era Pompeyo, en cuanto al amor del pueblo hacia él, un hombre feliz, pues con haber muchos que abominaban aquella guerra, ninguno miraba con odio al General, y en mayor número eran los que seguian por no poder resolverse á abandonar á Pompeyo, que los que huian con él por amor de la libertad.

De alli á pocos dias llegó César á Roma, y apoderándose á fuerza de ella, trató á todos con apacibilidad y mansedumbre; y solo al Tribuno de la plebe Metelo, que se oponia á que tomara fondos del erario público, le amenazó de muerte, añadiendo á la

amenaza otra expresion mas dura todavía, pues le dijo; que á él le costaria mas el decirlo que el hacerlo. Habiendo retirado de este modo á Metelo, y tomado lo que le pareció necesitar, se puso á perseguir á Pompeyo, apresurándose á arrojarlo de Italia antes que le llegaran las tropas de España. Ocupó este á Brindis, y teniendo á su disposicion copia de naves, hizo embarcar inmediatamente á los Cónsules, y con ellos treinta cohortes, para mandarlos con anticipacion á Dirraquio; y á su suegro Escipion y á Neyo su hijo los envió á la Siria para disponer otra escuadra. Por lo que hace al mismo Pompeyo aseguró las puertas; colocó en las murallas las tropas ligeras; mandó á los habitantes de Brindis que no se movieran de sus casas; de la parte de adentro abrió fosos por toda la ciudad, y á la entrada de la calles puso en ellos estacas con punta, á excepcion de dos solas por las que tenia bajada al mar. Al tercer dia habia ya embarcado con descanso todas las tropas, y dando repentinamente la señal á los que estaban en la muralla, se le incorporaron sin dilacion, y se entregó al mar. César luego que vió desamparada la muralla, conoció que se retiraban, y puesto á perseguirlos estuvo en muy poco que no cayesé en las celadas; pero habiéndoselo advertido los Brentesianos, se guardó de entrar en la ciudad, y dando la vuelta, halló que todos habian dado la vela, á excepcion de dos barcos que no contenian mas que vuos cuantos soldados.

Colocan todos los demas esta retirada de Pompeyo entre las mas delicadas operaciones militares; pero César mostró maravillarse de que ocupando una ciudad fuerte, esperando las tropas de la España, y siendo dueño del mar, desmantelase y abandonase la Italia. El mismo Ciceron le reprende de que hubiese preferido el método de defensa de Temistocles al de Periotes, cuando las circunstancias eran seme-

jantes á las de este, y no á las de aquel. Como quiera en las obras manifestó César que temia mucho la dilacion y el tiempo, pues habiendo tomado cautivo á Numerio, amigo de Pompeyo, lo envió á Brindis á tratar de paz con equitativas condiciones; pero Numerio se embarcó con Pompeyo. En consecuencia de estos sucesos, habiéndose hecho César dueño de toda Italia en solos sesenta dias; sin haber derramado una gota de sangre, su primera determinacion fue ir en seguimiento de Pompeyo; pero faltándole las embarcaciones, convirtió su atencion y su marcha á la España para ver de incorporar á las suyas aquellas tropas.

En este tiempo juntó Pompeyo considerables fuerzas, de las cuales las de mar eran del todo irresistibles, porque tenia quinientos buques de guerra, y de trasportes y guarda-costas un número excesivo; en caballería habia reunido la flor de los Romanos é Italianos, hasta en número de siete mil hombres, superiores en riqueza, en linage y en valor. La infantería era colecticia; y necesitando de instruccion, la disciplinó de asiento en Berea, no ocioso por su parte, sino concurriendo á los ejercicios como si se hallase en la mas vigorosa juventud; pues era de gran peso para inspirar confianza el ver á Pompeyo Magno en la edad de cincuenta y ocho años maniobrar armado, ora con la infantería, y ora con la caballería, desenvainando la espada sin trabajo en medio del galope del caballo, y volverla á envainar con facilidad; y en tirar al blanco mostrar no solo buen tino, sino tambien pujanza para lanzar los dardos á una distancia de la que pocos de los jóvenes podian pasar. Habian acudido á él los reyes y los Prínceres de las naciones, y de Roma un número tal de los primeros personajes que parecia tener el Senado entero cerca de sí. Concurrió tambien Labeon, abandonando á César, de quien era amigo, y con quien habia he-

cho la guerra en las Galias, é igualmente Bruto, hijo de aquél, á quien Pompeyo hizo perecer en la Galia, varon de elevado ánimo, y que nunca antes habia saludado, ni aun dado la palabra á Pompeyo, por matador de su padre; pero al que se sometió entonces, mirándole como libertador de Roma. Ciceron, aunque en sus escritos y sus consejos habia manifestado diferente opinion, tuvo á menos no ser del número de los que exponian la vida por la patria. Acudió, yendo hasta la Macedonia; asimismo Tidio Sexcio, varon sumamente anciano, y que habia perdido una pierna; al cual, mientras los demas se reian y burlaban, corrió á abrazar á Pompeyo, levantándose de su asiento, por creer que no podia haber para él testimonio más lisongero que el que los imposibilitados por la edad y por las fuerzas preferirian á su lado el peligro á la seguridad que en otra parte tendrían.

— Celebróse Senado; y como siendo Catón quien abrió dictamen se decretase que no debía quitarse la vida á ningun Romano sino en formal combate, ni saquearse ciudad ninguna que se conservase obediente á los Romanos, ganó con esto mayor aprecio el partido de Pompeyo; pues aun aquellos á quienes no alcanzaba la guerra, ó por vivir distantes, ó por preservarlos de ella su oscuridad y pobreza, ayudaban á lo menos con la voluntad, y en sus conversaciones se ponian de parte de lo justo, creyendo que era enemigo de los Dioses y los hombres el que no sintiera placer en que venciése Pompeyo. Sin embargo tambien César se acreditó de benigno en medio de la victoria; pues que habiendo tomado y vencido las fuerzas de Pompeyo en España, no hizo mas que descartarse de los caudillos, y valerse de los soldados; y habiendo vuelto á pasar los Alpes corrió la Italia, llegó á Brindis en el solsticio del invierno, pasó el mar, y se dirigió á Orico desde

dónde teniendo cautivo á Bibulo amigo de Pompeyo, le mandó con embajada á este para excitarle á que reuniéndose ambos en un dia determinado disolviesen todos los ejércitos, y hechos amigos con juramento solemne volviesen á la Italia. Tuvo este paso Pompeyo por nueva asechanza; y bajando con prontitud hácia el mar, ocupó terrenos y sitios que sirvieran de firme apoyo á su infantería, y puertos y desembarcaderos cómodos para los que arribasen por el mar; de manera que todo viento era próspero á Pompeyo para que le llegaran víveres, tropas y caudales. César, que no habia podido ocupar sino lugares desventajosos, tanto por tierra como por mar, solicitaba los combates, acometia á las fortificaciones, y provocaba á los enemigos por todas partes, llevando por lo comun lo mejor, alcanzando ventajas en estos encuentros, y solo en una ocasion estuvo para ser derrotado y para perder el ejército; pues en ella peleó Pompeyo con gran valor, hasta haberlos rechazado á todos, con muerte de unos dos mil; y no los forzó entrando con los Cesarianos en el campamento, ó porque no pudo, ó mejor porque le detuvo el miedo. Así es que se refiere haber dicho César á sus amigos: hoy la victoria era de los enemigos, si hubieran tenido vencedor.

Engreidos con este suceso los del partido de Pompeyo querian se diese pronto una batalla decisiva; pero Pompeyo, aunque á los reyes y á los caudillos que no se hallaban allí les escribia en tono de vencedor, temia el éxito de una batalla, esperando del tiempo y de la escasez y carestía triunfar de unos enemigos invictos en las armas, y acostumbrados largo tiempo á vencer en union; pero desalentados ya por la vejez para toda otra fatiga militar, como las marchas, las mudanzas de campamento, y la formacion de trincheras, que era por lo que no pen-

saban mas que en acometer y venir á las manos cuanto antes. Y Pompeyo hasta aquel punto habia podido con la persuasion contener á los suyos; pero cuando César, despues de la batalla referida, estrechado de la carestia, tuvo que marchar por el pais de los Atamanes á la Tesalia, ya aquellos ánimos no estaban tan moderados, sino que gritando todos que César huía, unos proponian que se marchara en pos de él, y se le persiguiera, y otros que se diera la vuelta á Italia, y aun algunos enviaban á Roma sus domésticos y sus amigos á que les tomaran casa cerca de la plaza, como que ya iban á pedir las magistraturas. Muchos se apresuraron á hacer viage á Lesbos, para pedir albricias á Cornelia de que estaba concluida la guerra: porque Pompeyo, para tenerla en mayor seguridad, la habia enviado allá. Reunióse pues el Senado, y Afranio fue de opinion de que se ocupara la Italia, porque ademas de ser ella el premio principal de aquella guerra, á los que la dominaran se arrimarian al punto la Sicilia, la Cerdeña, la Córcega, la España y toda la Galia, no siendo por otra parte razon desatender el que debia ser objeto principal de Pompeyo; á saber, la patria que le tendia las manos por verse escarnecida, y en la servidumbre de los esclavos y aduladores de los tiranos. Mas Pompeyo creía que ni para su gloria conducia el huir segunda vez de César y ser perseguido, pudiendo perseguir, ni era justo abandonar á Escipion, ni á los demas Consulares esparcidos por la Grecia y la Tesalia, que al punto habian de venir á poder de César con grandes caudales y muchas tropas; y que el mejor modo de cuidar de Roma era el que la guerra se hiciese lejos de allí, para que libre y exenta de males esperara al vencedor.

Tomada esta resolucion, marchó en seguimiento de César, con ánimo de rehusar batalla, contentándose con cercarle y quebrantarle por medio de la

falta de víveres, yéndole siempre al alcance, lo que juzgaba tambien conveniente por otro respeto; pues habia llegado á sus oídos la especie difundida entre la caballería, de que seria del caso, despues de deshecho César, acabar tambien con él mismo; y aun algunos dicen que por esta razon no se valió Pompeyo de Caton para ninguna cosa de importancia, sino que al partir contra César lo dejó en la costa del mar encargado del bagage, no fuera que quitado César de enmedio, quisiera al punto obligarle á que depusiera el mando. Viéndole andar de este modo en pos de los enemigos, se le culpaba públicamente de que no era á César á quien hacia la guerra, sino á la patria y al Senado, para mandar siempre, y no dejar de tener por sus criados y satélites á los que eran dignos de dominar toda la tierra; y Domicio Enobarbo con llamarle siempre Agamenon y Rey de reyes concitaba mas la envidia contra él. Erale no menos molesto que cuantos usaban de indiscretas é importunas libertades aquel Fabonio, con sus pesadas burlas, diciendo: camaradas en todo este año no probareis los higos de Tusculano. Lucio Afranio, el que perdió las tropas de España, por lo que habia contra él la sospecha de traicion, viendo entonces á Pompeyo esquivar la batalla, prorumpió en la expresion de que se admiraba, cómo sus acusadores andaban tan tardos en acometer al que apellidaban mercader de provincias. Con estas y otras semejantes expresiones violentaron á un hombre, que no sabia sobreponerse á la opinion del vulgo, ni á la censura de sus amigos, á adoptar sus esperanzas y sus planes, apartándose de la prudente determinacion que habia seguido: cosa que no hubiera debido suceder, ni á un capitan de barco, cuanto mas á un General de tantas tropas y tantas naciones. Pompeyo pues, que alababa entre los médicos á los que nunca condescendian con los antojos de los dolien-

tes, en esta ocasion cedió á la parte enferma del ejército, temiendo hacerse desabrído por la salud de la patria. Porque ¿cómo tendria nadie por sanos á unos hombres que en las marchas y en los campamentos soñaban con los Consulados y las Preturas; ni á Espinter, Domicio y Escipion, entre quienes habia riñas por la dignidad de Pontífice Máximo de César? como si tuvieran acampado al frente al Armenio Tigranes, ó al Rey de los Nabateos; y no á aquel mismo César y aquellos soldados que habian tomado por fuerza mil ciudades, habian sujetado mas de trescientas naciones; y habiendo sido siempre invictos en tantas batallas con los Germanos y los Galos, que no tenian número, habian tomado mas de un millon de cautivos, y dado muerte en batalla campal á un millon de hombres.

Sin embargo de ver determinado á Pompeyo, desasosegados é inquietos, le obligaron luego que llegaron á la llanura de Farsalia á tener un consejo, en el cual Labieno, General de la caballería, levantándose el primero, juró que no se retiraria de la batalla sin haber puesto en huida á los enemigos, y lo mismo juraron todos. En aquella noche le pareció á Pompeyo entre sueños que al entrar él en el teatro aplaudió el pueblo, y él despues adornó con muchos despojos el templo de Vénus Nicéfora¹. Esta vision en parte le alentaba, y en parte le causaba inquietud, no fuera que por ocasion de él resultara gloria y esplendor al linage de César que subia hasta Vénus. Suscitáronse ademas en el campamento ciertos terrores pánicos que le hicieron levantar. A la vigilia de la mañana resplandeció sobre el campamento de César, donde todo estaba en quietud, una gran llama, en la que se encendió una antorcha, que fue á parar al campamento de Pompeyo: y se dice que

¹ Nicéfora vale tanto como conductora de la victoria.

César vió este portento á tiempo que recorria las guardias. Por la mañana muy temprano, antes de disiparse las tinieblas, disponia hacer marchar de allí su ejército; y cuando ya los soldados recogian las tiendas, y enviaban delante los bagages y los asistentes, vinieron las escuchas anunciando observarse en el campamento del enemigo que se andaba con armas de una parte á otra, y aquel movimiento y ruido que causan hombres que salen á dar batalla; y despues de estos llegaron otros, diciendo que los primeros soldados estaban ya formados.

César al oír esto, diciendo haber llegado el deseado dia en que iban á pelear con hombres y no con el hambre y la miseria, mandó que al punto se colocara delante de su pabellon la túnica de púrpura, porque esta es entre los Romanos la señal de batalla. Los soldados al verla, dejando las tiendas, con algazara y regocijo corrieron á las armas, y los tribunos, formándolos como en un coro en el orden que convenia, pusieron á cada uno en su propio lugar, sin arrebató ni confusion.

Tomó Pompeyo para sí el ala derecha, habiendo de tener al frente á Antonio; en el centro colocó á su suegro Escipion, contrapuesto á Lucio Albino; y Lucio Domicio mandó el ala izquierda, reforzada con el grueso de la caballería, que casi toda habia cargado á aquella parte para envolver á César, y destrozár la legion décima que tenia la fama de ser la mas valiente, y en la que acostumbraba á colocarse César en las batallas. Cuando este vió sostenida por tanta caballería la izquierda de los enemigos, temió la fortaleza de su armadura, y sacó de su retaguardia seis cohortes, colocándolas á espaldas de la legion décima, con orden de que no se movieran, y procuraran ocultarse á los enemigos; mas cuando acometiese la caballería salieran con precipitacion por entre la primera línea, y no tiraran las

lanzas, como suelen hacerlo los mas esforzados para venir cuanto antes á las espadas, sino que dirigieran los golpes hácia arriba, para herir en la cara y en los ojos á los enemigos: porque aquellos lindos y graciosos bailarines no solo no aguardarian, sino que ni aun sufririan por causa de su belleza ver el hierro delante de los ojos. Estas eran las disposiciones que daba César.

Pompeyo, descubriendo desde su caballo el orden y formacion de los enemigos, cuando vió que estos esperaban tranquilos el momento y oportunidad sin moverse de sus filas, siendo así que su ejército no se mantenía con la misma quietud, sino que lleno de ardor empezaba por su impericia á desordenarse, temiendo que enteramente se le desbandase en el principio de la batalla, dió orden á los de primera línea, de que permaneciendo firmes é inmóviles recibieran en aquella manera á los enemigos. César reprende esta orden y esta operacion militar: porque con ella se debilita la fuerza que adquieren los golpes en la carrera, y aquel encuentro de los enemigos unos con otros, que es el que da impulso y entusiasmo, y aumenta la cólera con la gritería y el mayor ímpetu; quitado lo cual los hombres pierden el ardor y se enfrian. Las fuerzas de César consistían en unos veinte y dos mil hombres, y las de Pompeyo eran poco mas del doble de este número.

Dada la señal de una y otra parte, cuando las trompetas comenzaron á excitar al encuentro, de los de la muchedumbre cada uno pensó solo en sí mismo; pero unos cuantos Romanos, lo mejor entre ellos, y algunos Griegos que se hallaron presentes fuera de la batalla, al ver que se acercaba el momento terrible, se pusieron á meditar sobre el trance á que la codicia y ambicion habian traído á la república. Armas de un mismo origen, ejércitos entre sí hermanos, las mismas insignias, y el valor y poder de una

misma ciudad, iban á chocar consigo mismos, demostrando cuán ciega y loca es la condicion humana en sus pasiones: porque si querian mandar y gozar tranquilamente de lo adquirido, la mayor y mas apreciable parte del mar y de la tierra les estaba sujeta; y si todavía tenían ansia y sed de trofeos y triunfos, podian saciarla en las guerras Párticas y Germánicas. Quedaba ademas ancho campo á sus hazañas en la Escitia y en la India, pudiéndoles servir de pretexto el dar civilizacion á naciones bárbaras. Porque ¿qué caballería de los Escitas, qué saetas de los Partos, ó qué riquezas de los Indios serian bastantes á contener á setenta mil Romanos que acometieran armados estas regiones al mando de Pompeyo y de César, cuyos nombres habian llegado á sus oídos antes que supieran que habia Romanos? ¡tantas, tan variadas y feroces eran las naciones hasta donde habian penetrado victoriosos! Y entonces se habian buscado para hacerse uno á otro la guerra, sin que sirviera para contenerlos ni el zelo de su propia gloria, por la que se habian olvidado hasta de la compasion que debian tener á la patria, habiéndose apellidado invictos hasta aquel día. Porque el deudo antes contraído, las gracias de Julia, y aquel enlace, luego se vió que no habian sido mas que unas prendas falaces y sospechosas de una sociedad formada en provecho comun; sin que hubiera entrado en ella, ni por la mas mínima parte, la verdadera amistad.

Luego que la llanura de Farsalia se llenó de hombres, de caballos y de armas, y que de una y otra parte se dieron las señales de la batalla, el primero que salió corriendo de las líneas de César fue Cayo Crastino, que mandaba una compañía de ciento y veinte hombres, cumpliendo de este modo á César la promesa que le habia hecho; porque habiéndolo este visto al salir del campamento, saludándole por

su nombre, le preguntó: ¿qué pensaba de la batalla? y él, alargándole la mano, exclamó: vencerás gloriosamente César, y hoy habrás de alabarme ó vivo ó muerto. Teniendo fijas en la memoria estas palabras, se adelantó llevando á muchos consigo, y se arrojó en medio de los enemigos. Peleóse desde luego con las espadas, y como con muerte de muchos intentase penetrar las filas de los enemigos, uno de estos le metió la espada por la boca, con tal fuerza que le salió por la nuca. Muerto Crastino, ya despues se peleaba con igualdad; sino que Pompeyo no movió con la conveniente celeridad su derecha, deteniéndose á mirar á una y otra parte esperando la acometida de la caballería. Ya esta marchaba en cuerpo para envolver á César, y había conseguido impeler sobre su batalla los pocos caballos que ante ella tenia formados; pero habiendo dado César la señal, su caballería se retiró, y acudiendo al punto las cohortes destinadas á oponerse á aquella operacion, que venian á constar de unos tres mil hombres, se dirigieron con ímpetu contra los enemigos, y contrarestando á la caballería, usaron de las lanzas hácia arriba, como se les habia prevenido, para herir en la cara. A aquellos soldados bisonos, sin experiencia de ningún género de combate, y desprevenidos para el que sufrían, no teniendo de él ninguna idea, les faltó valor y sufrimiento para aguantar unos golpes dirigidos á los ojos y al rostro; por lo que volviendo grupa, y cubriéndose los ojos con las manos, huyeron ignominiosamente. Luego que estos se quitaron de delante, los Cesarianos ya no pensaron mas en ellos, sino que marcharon contra la infantería por aquella parte por donde habiendo quedado mas débil con la falta de los caballos daba mayor facilidad para ser cercada y envuelta. Acometiendo pues por el flanco, y la legion décima por el frente, ni se sostuvieron estos, ni guardaron orden, viendo que

cuando esperaban haber envuelto á los enemigos eran ellos lo que experimentaban esta suerte.

Rechazados estos, cuando Pompeyo vió la polvareda, y conjeturó lo sucedido á la caballería, es imposible decir cómo se quedó, ni cuál fue su pensamiento; antes semejante á un hombre fuera de sí y enteramente alelado, sin acordarse de que era Pompeyo Magno, y sin hablar una palabra, paso entre paso se encaminó al campamento, en términos de venirle muy acomodados estos versos:

En Ajax Jove desde su alto asiento
Tal terror infundió, que elado, absorto,
Echó á la espalda el reforzado escudo,
Y atras volvió mirando á todas partes.
Entrando de la misma manera en su tienda, se sentó taciturno, hasta que llegaron muchos persiguiendo á los que huían, porque entonces prorumpiendo en sola esta expresion: ¿con qué hasta mi campamento? y sin decir ninguna otra cosa, tomó las ropas que á su presente fortuna convenian, y se salió de él. Huyeron asimismo las demas legiones, y fue grande en el campamento la mortandad de los que custodiaban los equipages y de los asistentes: de los soldados dice Asinio Polion, que se halló con César en la batalla, que solo murieron unos seis mil. Tomaron el campamento, y entonces vieron la locura y vanidad de los enemigos: porque las tiendas estaban coronadas de arrayan, entapizadas de flores, y con mesas llenas de vasos preciosos: veíanse tazas rebosando de vino, y todo el adorno y aparato eran mas bien de hombres que hacian sacrificios y celebraban fiestas que de soldados armados para la batalla. Pervertidos hasta este punto en sus esperanzas, y llenos de una vana confianza salieron al combate.

Pompeyo á los pocos pasos que hubo andado desde el campamento dejó el caballo, siendo en